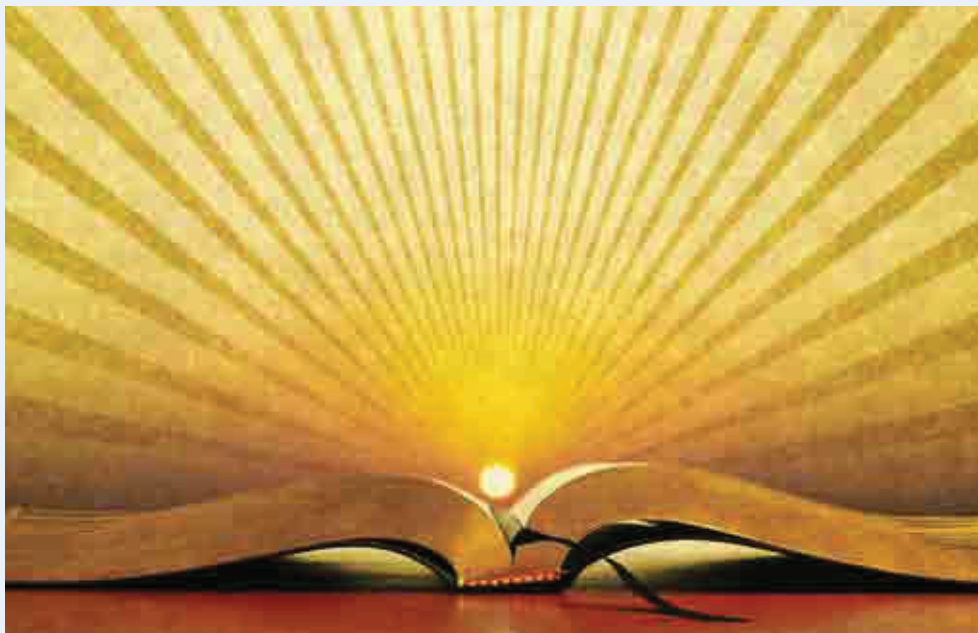


• LECTIO DIVINA •

LA LECTURA ORANTE DE LA PALABRA DE DIOS



Se llama “*lectio divina*” al itinerario que, de manera personal o comunitaria, nos conduce **desde un texto de la Palabra de Dios hacia el encuentro con el Señor**, el que nos habla por medio de Jesucristo, que habita en su Iglesia.

Recordemos que la Palabra, junto con la Eucaristía, nos hace experimentar la presencia continua del Señor entre nosotros y sobre todo en cada uno de los momentos de nuestra vida. La Palabra nos da luz para caminar con sentido por este mundo.

La Palabra nos ayuda a discernir lo que el Señor pide de nosotros y de su Iglesia y nos da fuerza y ánimo para abrazar su Voluntad.

1 ¿Para qué sirve la *lectio divina*?

Precisamente porque la *lectio divina* nos pone en contacto con la Palabra de Dios y esta, como nos decía el papa Benedicto XVI, ha sido entregada a la Iglesia para «construir la comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios» (*Verbum Domini* 86), esperamos que, gracias a la *lectio*, cada uno de nosotros, nuestras comunidades y grupos y la iglesia que peregrina en Madrid crezca en su unión con el Señor y en la comunión fraterna.

2 ¿Qué es y qué no es la *lectio divina*?

La *lectio divina* es ante todo un camino que recorrer, «capaz de abrir al fiel no solo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente» (Benedicto XVI, *Verbum Domini* 86).

No es, pues, un método de análisis que pueda facilitar-nos un conocimiento de la Biblia o un instrumento para hacer proyectos pastorales y sacarlos adelante.



3 ¿Cuáles deben ser las actitudes básicas para hacer bien la *lectio divina*?

La *lectio divina* hay que situarla necesariamente dentro de ese diálogo permanente que Dios tiene con el hombre. Como decía san Agustín:

«Tu oración es un coloquio con Dios.
Cuando lees, Dios te habla;
cuando oras, hablas tú a Dios.»

Narraciones sobre los salmos 85,7

Nos hemos de acercar a la lectura orante de la Palabra de Dios:

- **Convencidos** de que la vía privilegiada para conocer a Dios **es el amor**; y que no se da un auténtico conocimiento de Cristo sin enamorarnos de él.
 - Por tanto, que no nos mueva a hacer la *lectio* tan solo las ganas de saber más de Dios y de las cosas de Dios, sino el deseo de amarle y de sentir su amor en nuestras vidas.
- **Con espíritu de gratuidad**, es decir, esperándolo todo del Señor, pero sabiendo que aquello que nos da, nunca lo habremos merecido; es un puro don, un regalo de su bondad y de su amor.
 - Sin excesivas pretensiones. Dejemos, más bien, que el Señor nos sorprenda.
- Disponiéndonos a **hacer un esfuerzo** que realmente merece la pena, aunque conscientes, eso sí, de que hemos de trabajar juntos y ayudándonos los unos a los otros: que hemos de salir de nosotros mismos, que hemos de buscar, que hemos de llamar y que hemos de pedir con insistencia. Recordemos aquello de que a jornal de gloria no hay trabajo grande.
 - Rechacemos, por tanto, toda tentación de comodidad.
- **Con sentido eclesial y en comunión** con toda la Iglesia. Es decir, en comunión «con todos los grandes testigos de esta Palabra, desde los primeros Padres hasta los santos de hoy» (*Verbum Domini* 86) y guiados en todo momento por el Magisterio de la Iglesia.
 - Rechacemos, igualmente, toda tentación de individualismo.
- Teniendo muy en cuenta que «la lectura orante, personal y comunitaria [de la Palabra de Dios], se ha de vivir siempre **en relación a la celebración eucarística**». En otras palabras, conviene no olvidar que «así como la adoración eucarística prepara, acompaña y prolonga la liturgia eucarística, así también la lectura orante personal y comunitaria prepara, acompaña y profundiza lo que la Iglesia celebra con la proclamación de la Palabra en el ámbito litúrgico» (*Verbum Domini* 86).
 - No aislemos la *lectio* de los demás medios de santificación con que la Iglesia alimenta a sus hijos.
- **Dispuestos a dar una respuesta** al Dios que nos habla por medio de su Palabra, esa Palabra que ilumina nuestros caminos y que nos da ánimo para recorrerlos.
 - No nos quedemos en el medio, vayamos hasta el fin.
- **Con la disposición de incorporar nuestras vidas** al texto y de acoger con sabiduría la luz que nos vendrá del Señor. Luz que nos propone nuevos caminos, luz que nos confirma en aquellas cosas que están bien y que nos invita amorosa y firmemente a corregirnos y convertirnos en aquellas otras que no lo están.
 - No olvidemos que en la Palabra encontramos no solo la invitación a cambiar de vida, sino también la fuerza necesaria para ponernos en camino.

4 ¿Cuáles son las principales claves que se deben tener en cuenta?

La *lectio* se realiza sobre un texto concreto de la Palabra de Dios. Ahora bien, si queremos llegar a comprender de verdad un texto, nunca cabe leerlo fuera de su contexto. Como dijo Benedicto XVI, tengamos cuidado de «que el texto se convierta solo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos» (*Verbum Domini* 87).

Por eso es necesario que, ante cualquier texto de la Sagrada Escritura, tengamos muy presente y descubramos que:

● Jesucristo es la clave de interpretación de toda la Escritura

- Siempre que leemos la Sagrada Escritura, en realidad lo que estamos haciendo es **acercarnos a Jesucristo**, porque «a través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice solo una palabra, su Verbo único, en quien Él (Dios) se dice en plenitud» (*Catecismo de la Iglesia Católica* 102).
- El texto proclamado, meditado, contemplado y orado en la comunión de la Iglesia vuelve a ser, de algún modo, la “carne” del Verbo que habla hoy a nuestra carne, a nuestra historia.
- Jesús, según nos cuenta el evangelista san Lucas, cuando caminaba con los discípulos de Emaús, «comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que en toda Escritura se refería a él» (Lc 24,27).
- Y eso mismo es lo que estamos llamados a hacer con cada uno de los textos de la Escritura, leerlos sabiendo que **nos hablan de Jesús** y que, acompañados y ayudados por él, nos ayudan a comprender **el sentido de lo que hizo y enseñó**.






► El Espíritu Santo nos guía a la verdad plena

- Jesús les prometió a los Apóstoles que enviaría al Espíritu Santo y les dijo: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad plena. Pues no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que oye y os anunciará lo que está por venir» (Jn 16,13).
- Y el Concilio Vaticano II nos recordó que «la Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita» (Constitución sobre la divina revelación, *Dei Verbum* 12).
- Así pues, nosotros, en cada sesión de lectio, lo que trataremos es que ese mismo Espíritu que habita en la Iglesia y en cada uno de los fieles sea el que nos haga entender **el sentido pleno** de cada uno de los pasajes de la Escritura; y también el que **ilumine los caminos** por donde hemos de caminar cada uno de nosotros y la Iglesia que peregrina en Madrid, en el tiempo que está por venir.

► La Palabra interpela nuestra vida

- La primera predicación de **Pedro**, la que hizo el día de Pentecostés, sitúa a Jesús, y todo lo que le pasó a Jesús, dentro de la historia de la salvación y también como culminación de esa misma historia: «Dios lo ha constituido Señor y Mesías» (Hch 2,16). Y, a renglón seguido, **san Lucas** nos refiere que quienes escucharon al Apóstol aquella mañana, al terminar, le preguntaron: «¿Qué tenemos que hacer?» (Hch 2,37).
- Así pues, también nosotros procuraremos no quedarnos tan solo con saber más de Jesús, de lo que hizo y enseñó, sino que hemos de dejar que **la Palabra nos interpele** y desde lo más profundo de nuestro ser nos preguntemos: “¿Qué tenemos que hacer?”, teniendo la firme voluntad de ponernos en camino.



5 Lugar y ambientación

- «Cuando se practica la *lectio divina* se recomienda prestar especial atención al lugar donde se va a realizar el encuentro.
 - ~ La elección del lugar no es indiferente, como tampoco lo es su preparación. Con los medios que se tienen a disposición y según el número de personas que se reunirán, se trata de crear un ambiente apacible, acogedor y que, sobre todo, invite a la oración.
 - ~ Así pues, es importante evitar los espacios ruidosos, dispersivos o incómodos. Es importante que todos se encuentren a gusto, cómodos y tranquilos en el lugar del encuentro.
- Cuando el grupo es pequeño, se aconseja que los participantes se sitúen en círculo y sin mesas (evitando así la sensación de estar en clase), pues esta disposición es la que mejor favorece la comunicación y el intercambio. Acompañada de algunos símbolos (un cirio encendido, unas hermosas telas, un adorno floral...) según la sensibilidad artística de la persona responsable, la Sagrada Escritura debe situarse en un lugar visible, a ser posible en el centro, en el que converjan las miradas de todos. Ella preside la reunión.»

6 ¿Qué pasos hay que dar?

- «Para acercarse a la Palabra de Dios es necesario saber qué es lo que se busca, qué es lo que se desea encontrar, qué camino hay que tomar para alcanzar el objetivo que uno se ha propuesto. No es posible adentrarse en el bosque de la Palabra de cualquier manera, sin preparación, de prisa y corriendo, sin orden ni concierto, pues se corre el peligro de extraviarse. Sin ese orden, la lectio podría resultar un ejercicio árido, estéril e incluso poco provechoso».

Nuria Calduch (profesora de la Universidad Gregoriana de Roma)

En las páginas siguientes presentamos el método más generalizado para la *lectio divina*.

LA ORACIÓN INICIAL

La *lectio* la debemos comenzar invocando al Señor, pidiendo el don de su Espíritu y experimentando que es Él quien está presente y nos ha de guiar en todos y cada uno de los pasos que hemos de dar, y también quien hará fecundo nuestro trabajo.

1 La lectura

- El animador **anuncia** el texto que se ha escogido.
- Si ha de hacer alguna introducción, la hace brevemente; y, a continuación, invita al lector a que proclame el texto. **La lectura** ha de ser **pausada y tranquila**.
- Una vez proclamado el texto, se hace un breve momento de **silencio**.
- A continuación el animador invita a...

1. Descubrir el dinamismo propio del texto:

- Nos fijamos en las personas que intervienen: lo que dicen y cómo lo dicen; lo que hacen y en cómo actúan; lo que les pasa y cómo lo expresan.
- Nos fijamos en el lugar donde acontecen los hechos narrados y en todo aquello que contextualiza lo que se dice en el texto.
- Nos fijamos en las relaciones del texto con el conjunto del libro al que pertenece y con los otros demás libros de la Biblia.

2. Prestar atención a la forma en que se expresa el texto:

- Una narración de un hecho.
- Un consejo o un conjunto de consejos.
- Una parábola o un discurso.
- Una exhortación o más bien una orden, un mandato del Señor.

3. Fijarnos en qué nos dice el texto:

- ¿Qué es lo que entiendo y qué es lo que no entiendo del texto?
- ¿Qué reacción provoca en mí?
- ¿Qué sentimientos suscita?
- ¿Qué cosas me confirma, qué cosas me descubre? ¿Qué me recrimina?

A woman with dark hair, wearing a green knitted poncho and blue jeans, is sitting on a large, light-colored rock in a forest. She is looking to her right with a thoughtful expression, her hand resting near her chin. The background is a dense forest of tall trees.

2 La meditación

- La meditación lleva consigo distintos aspectos y actividades.

1. La relación

- A través de una reflexión atenta y fiel sobre el texto, hemos de poner en relación algún aspecto suyo con nuestras vidas en sus diversas manifestaciones; no de forma necesariamente literal, sino existencial y vivencial.
- Un acontecimiento se relaciona con otro que hemos vivido; una palabra nos pone en relación con el significado y la experiencia que lleva consigo, etc.

2. La confrontación

- La palabra de Dios provoca en nosotros una confrontación con nuestra manera de pensar, de actuar, de plantear nuestra vida. Es lo que llamamos conversión.
- Ha de ser realista y actual.

3. La iluminación

- Hemos de preguntar al texto lo que quiere decir.
- Este paso es muy importante para que la Palabra nos muestre su potencial riqueza para nosotros. Felipe preguntó al eunuco:
«¿Entiendes lo que estás leyendo? Contestó: ¿Y cómo voy a entenderlo si nadie me guía? [...] Por favor, ¿de quién dice esto el profeta?; ¿de él mismo o de otro?» (Hch 8,30-31).

4. La animación

- Nos presentamos ante el Señor y dejamos que su palabra nos dé ánimo y nos renueve.
- Le pedimos al Señor, le damos gracias, le alabamos y suplicamos que nos conceda aquellos bienes y dones que más necesitamos para encarnar la Palabra de Dios en nuestra vida, en nuestras comunidades, en nuestra sociedad y en nuestra historia.

3 La contemplación

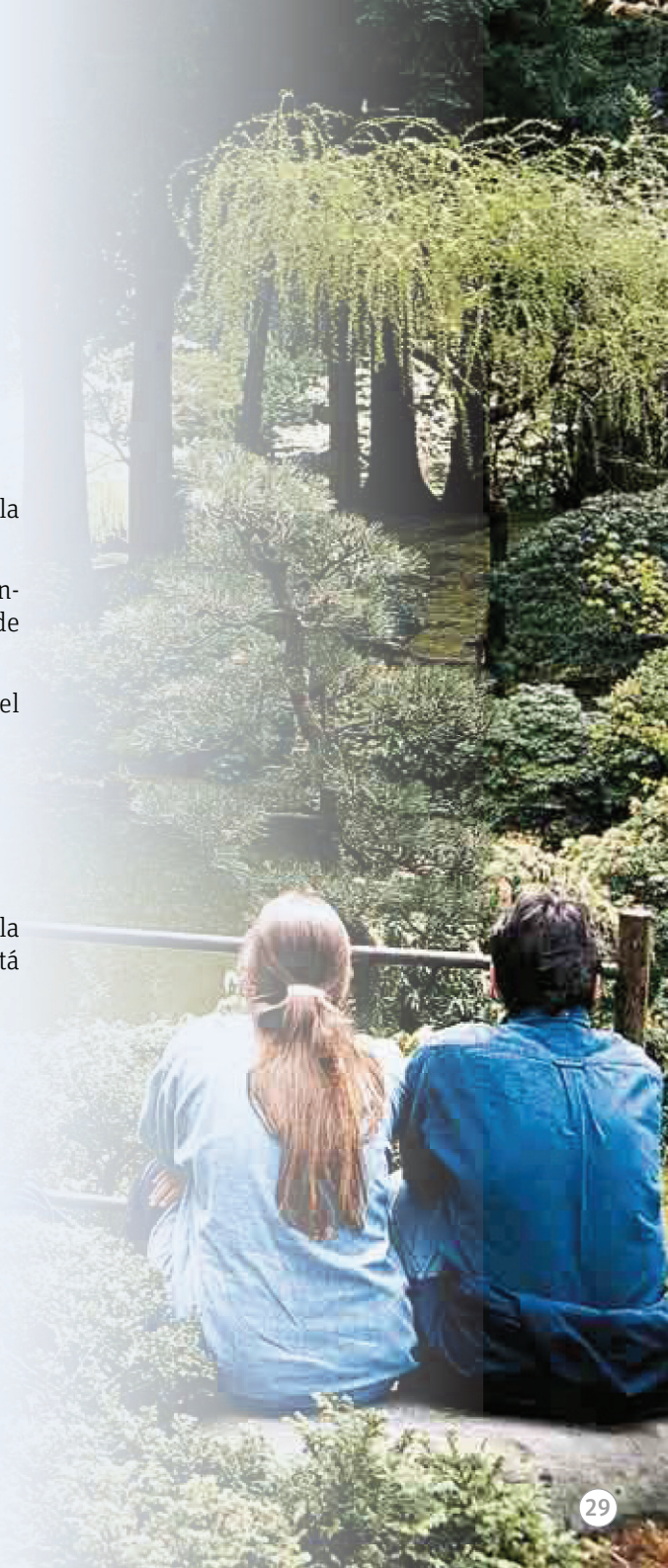
«Aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad y nos preguntamos:

¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?»

«La contemplación tiende a crear en nosotros una visión sapiencial, según Dios, de la realidad y a formar en nosotros “la mente de Cristo” [1 Cor 2,16].»

Benedicto XVI, *Verbum Domini* 87

- El tránsito hacia este momento de la *lectio* no se realiza de la misma manera que el paso de la lectura a la meditación.
- El que medita, poco a poco, debe entrar en el silencio, un silencio profundo para ponerse ante el Señor. El reconocimiento de la presencia del Señor es lo que ilumina este momento.
- La contemplación no se realiza en el vacío. Varios elementos del texto meditado deben sustentarla con:
 - La mirada interior.
 - El oído que "escucha la voz del Señor".
 - El sentimiento que provoca el relato.
- Al mirar la realidad con los ojos de Dios, podemos ver cómo la Palabra de Dios se está cumpliendo ahora y qué estorbos está encontrando para su cumplimiento.





4 La oración

- La contemplación desemboca en una oración confiada. «Este es el momento más intenso del camino. En la *lectio* la oración es un grito que brota de lo profundo, surge del corazón quemado por la Palabra de Dios». Es una oración que se expresa de múltiples maneras y que algunos salmos pueden enriquecer:

- Alabanza.
- Bendición.
- Grito de auxilio.
- Acción de gracias, etc.

«Por su parte también Dios extiende sus brazos para acoger al orante. Es necesario dejar actuar al Espíritu Santo, despojarse en la presencia del Señor y poner en Él la mirada.»

(N. Calduch)

- Es una oración que ayuda a comprender cuál es el motor de las propuestas de acción, paso necesario dentro de la *lectio divina* y que hay que cuidar muy especialmente.

5 La acción

- El Plan de Evangelización no nos va a pedir propiamente que planteemos acciones a realizar sin más. Lo que se busca es que esta lectura orante de la Palabra de Dios, hecha en común, nos lleve de un modo natural a presentar propuestas tanto para nuestra realidad más cercana (la parroquia, el barrio, el centro de estudios, etc.), como para la diócesis u otras instancias eclesiales que las van a recoger y orientar.
- Será conveniente que nos planteemos preguntas como estas:
 - ¿Qué realidades, qué situaciones, en la sociedad, en nuestro mundo, en la Iglesia, nos sentimos llamados a secundar, apoyar, acompañar, alentar, etc., como signo de que nos sentimos llamados a cooperar con la acción de Dios, con su gracia, que siempre nos antecede?
 - ¿A qué nos sentimos interpelados, teniendo en cuenta la realidad de nuestro entorno, de nuestro barrio, de nuestra localidad, de la archidiócesis en general?
 - ¿Qué debemos corregir, qué debemos mantener, qué nuevos caminos debemos emprender como comunidad, como Iglesia, como miembros de la sociedad en que vivimos?

TESTIMONIO DE LOS SANTOS

Para completar la *lectio* ofrecemos un testimonio de vida que ayude a concretar y ver realizable lo que la Palabra de Dios anuncia.

